

“Los suburbios de nuestras almas”

Por Jacques Julliard

Le Nouvel Observateur, Noviembre 2005. Número 2140

Cómo inculcar a los adolescentes valores de solidaridad y de respeto a los otros cuando, día tras día, la televisión destila lo contrario.

¿Revuelta de exclusión o intifada de nuevo cuño? ¿Motín de paro o crisis de autoridad? ¿Desesperación sincera o victimismo sistemático? ¿Efectos de la miseria o triunfo de la economía paralela? ¿Integración en descomposición o integración en marcha? ¿Comunitarismo a la inglesa con el final de los atentados de Londres o suburbios-gheto a la francesa iluminados por las llamas? Culpa de Sarkoxy o de Ben Laden? ¿Prioridad de prevención o de represión?

Veo bien que, aparte de algunos predicadores de ambos lados, nadie sea astuto, ninguno se apresure a sacar tajada. Al menos sería algo positivo. Sería un logro en medio de las ruinas y las carcacas de coches humeantes.

Una observación, sin embargo, el comunitarismo a la inglesa no funciona porque es, evidentemente inadaptado, la integración a la francesa no funciona porque no es aplicada.

Aquí como en otras partes no es en la concepción, es en la aplicación donde fracasan los franceses.

Es inadmisibles que en materia de emigración y de política, como en tantos otros sectores las mayorías salidas de las urnas se pongan a destruir la obra de sus antedecesoros. ¿Qué necesidad tenía Nicolás Sarkozy de enfrentarse a la policía de barrio que fue una feliz iniciativa de la era Jospin? O más aún de cortar las subvenciones a las asociaciones que trabajan próximas a los ciudadanos.

Inversamente cuando Laurent Fabius promete suprimir la mayor parte de leyes elaboradas por la derecha, él practica una política de tierra quemada indigna de un estado democrático.

Existen, sin embargo, algunos sectores como la inmigración, la enseñanza, la investigación que deberían quedar fuera de la democracia electoral y constituir la base del pacto republicano.

Aquí una política bipartidista se impone. Tanto más concebible que las soluciones preconizadas por los unos y por los otros. No son antagónicas, lejos de esto. Yo no soy de los que, en el clima populista actual, apuntan hacia los políticos. Pero estamos hartos (la palabra es suave) de ver políticos demagogos jugar con los intereses generales del país, es decir, los nuestros. Como el Adolf Hitler de Charlie Chaplin con su globo terrestre inflamable.

La inmigración y la política de la ciudad deberían formar parte de una clase de sector reservado para que ellos eleven el nivel de acción a largo plazo. Dicho esto no se ha dicho todavía gran cosa. La verdad va más allá; la verdad es que nuestros suburbios nos presentan el espejo brutal de las desigualdades e injusticias materiales que reinan en nuestras ciudades. Son, sobre todo, el espejo de la miseria espiritual de estas mismas sociedades.

A la luz de las hogueras de estos últimos días, podemos esperar, primera constatación, algunos progresos. Porque qué es lo que sabemos y podemos hacer cuando todo va mal : dar dinero. Pero la segunda constatación? Cómo explicar que

entre la juventud de los suburbios, las referencias al dinero y al consumo les hayan borrado totalmente los valores de La República. No hablemos demasiado de prisa del fracaso del fracaso de un sistema escolar que ha llegado a ser el chivo expiatorio de la sociedad capitalista. ¿Qué puede hacer el profesor para inculcar a los niños y a los adolescentes valores de solidaridad, de respeto a los otros cuando, día tras día, la televisión a través de sus emisiones destila lo contrario: la primacía absoluta del dinero, la astucia individual, la violencia, el desprecio a las mujeres? El estilo arrogante, no conformista, insultante de la mayor parte de las emisiones de entretenimiento y de sus animadores es la máscara hipócrita detrás de la cual se esconden todos los conformismos y todos los compromisos. Los jóvenes hacen lo mismo: menos hipocresía, más salvajada: ellos adoran el becerro de oro escupiendo en la sopa.